

mostrado para mí más que ceñudo y desapacible, me sonrie graciosamente, y aprovecho su buena voluntad, sin duda pasagera. En mi humilde empleo de doncella no podia pretender más que Mascarillas ó Intrigantes. Sólo los escuderos me cortejaban, mientras que los señores hacian el amor á las Lucindas, á las Leonores y á las Isabeles. Apenas si los caballeros se dignaban tocarme la barba y deslizar medio luis de plata en el bolsillo de mi delantal. Ha habido un mortal de mejor gusto que se ha prendado de mí. Dejadme pues tomar mis maletas del fondo de la carreta, y adios. Un dia ú otro os volveré á encontrar en Paris, pues soy comedianta de corazon, y no he sido largo tiempo infiel al teatro.»

Los hombres tomaron los cofres de Zerbina, y los colocaron sobre la mula de carga; la Doncella, ayudada por el escudero, que le aguantó el pié, saltó sobre la coronela con la misma ligereza que si hubiese estudiado el volteo en una academia ecuestre; luego dando con el talon en los ijares de su montura, se alejó haciendo con la mano una señal de despedida á sus camaradas.

—Felicidades, Zerbina, gritaron los cómicos, excepto Serafina que le guardaba rencor.

—Siento la partida,—dijo el Tirano,—y hubiera querido detener esa excelente doncella; pero no la ligaba á nosotros otro compromiso que su capricho. Será preciso que los papeles de criada se truequen con los de dueña ó rodrigon, cosa ménos agradable al ojo que un palmito gracioso; pero la señora Leonarda tiene mucha vis cómica y conoce los secretos de las tablas, por lo que saldremos del paso.

La carreta se puso de nuevo en marcha á un paso algo más vivo que la del carro de bueyes. El país que atravesó contrastaba por su aspecto con la fisonomía de las landas. A las arenas blancas habian sucedido terrenos rojizos que propor-



MATAMOROS HABIA TOMADO LA DELANTERA.

cionaban más jugos nutritivos á la vegetacion. Casas de piedra, dando testimonio de cierta comodidad, aparecian acá y allá, rodeadas de jardines cerrados por setos vivos ya deshojados, en los que aparecia el rojo boton del rosal silvestre y la azulada baya del endrino.

Al borde del camino se desarrollaban hermosos árboles de robustos troncos que extendian sus fuertes ramas cuyas amarillas hojas alfombraban la yerba del alrededor por encima de la que corrian al capricho del cierzo delante de Isabel y Sigognac, quienes, fatigados de la posicion forzada que estaban obligados á guardar en la carreta, se procuraban un poco de descanso andando á pié.

Matamoros habia tomado la delantera, é iluminado por el tinte rojizo de la tarde se le veia en lo alto de la cuesta dibujando en líneas sombrías su frágil esqueleto que, de léjos, parecia espetado en su tizona.

—¿Cómo se explica, —decia mientras iban caminando Sigognac á Isabel, —que vos que teneis todas las apariencias de una señorita de elevado linage por vuestro exquisito modo de obrar, lo discreto de vuestra conversacion y lo escogido de vuestras palabras, esteis así unida á esta compañía de cómicos errantes, gente honrada, sin duda, pero no de la misma raza y calidad que vos?

—No vayais á creer, —repuso Isabel, —que porque veais en mí alguna buena cualidad, sea yo una princesa infortunada ó soberana arrojada de su reino, reducida á esta miserable condicion de ganarse la vida sobre las tablas. Mi historia es muy sencilla, y puesto que mi vida os inspira alguna curiosidad, voy á contárosla. Léjos de verme en este estado por azares de la suerte, ruinas inusitadas ó novelescas aventuras, naé, como he dicho, de madre cómica. La carreta de Tespis fué mi cuna y mi patria errante. Mi madre, que representaba en las tragedias el papel de princesa, era muy hermosa, y tomaba en serio la ficcion; aun fuera del teatro no queria oir hablar mas que de reyes, príncipes, duques y

otros grandes señores, teniendo por verdaderas sus coronas de oropel y sus cetros de madera dorada. Cuando terminada una escena volvía á entrar entre bastidores, arrastraba tan magestuosamente su ropaje de terciopelo de algodón, que se hubiera dicho ser la misma cola de un manto real. Con esta arrogancia, cerraba obstinadamente sus oídos á las declaraciones, súplicas y promesas de esos petimetres que revolotean siempre al rededor de las comediantas como mariposas en torno de la luz. Una noche, hallándose en su cuarto, cierto pisaverde quiso tomarse algunas libertades; levantóse mi madre, y gritó como una verdadera Tomiris reina de Scitia: «¡Guardias! ¡detenedle!» con tono tan soberano, desdenoso y solemne, que el galán, completamente cortado, se escabulló de miedo, no atreviéndose á seguir adelante.

Habiendo llegado á oídos de un muy alto y poderoso príncipe esas arrogancias y sobarbadadas extrañas en una comedianta sospechada siempre de costumbres ligeras, encontrólas este de buen gusto, dando por admitido que tales desprecios hacía lo vulgar y profano no podían proceder mas que de un alma generosa. Como su rango en el mundo equivalía con creces al de reina en el teatro, el príncipe fué recibido con más dulzura y ménos entrecejo. Él era jóven, hermoso, bien hablado, imperioso, y poseía esa gran superioridad de la nobleza. ¿Qué más os diré? Esta vez la reina no llamó á sus guardias, y veis en mí el fruto de sus amores.

—Lo que me habeis contado, —dijo Sigognac con galantería exquisita, —explica á maravilla las gracias sin par de que estais adornada. Surca vuestras venas sangre de príncipe. Casi lo habia adivinado.

—Esta union, —prosiguió Isabel, —duró mucho más que no acostumbran las intrigas de teatro. El príncipe halló en mi madre una fidelidad hija tanto del orgullo como del amor, pero que no se desmintió ni un instante. Desgraciadamente se atravesaron razones de Estado, y mi padre debió de partir á guerras ó á embajadas lejanas. Entretanto su fami-

lia negoció en su nombre ilustres alianzas que él prorogó cuanto pudo; pero por fin le fué preciso ceder, pues no tenía derecho á interrumpir, por un capricho amoroso, la larga genealogía de sus antepasados que se remontaban hasta Carlomagno, y acabar con él su gloriosa raza. Para suavizar el dolor de esta rotura, que se habia hecho necesaria, se ofrecieron á mi madre fuertes cantidades de dinero, con objeto de ponerla al abrigo de la necesidad y subvenir á mi alimento y educación. Pero ella no quiso atender nada, diciendo que no aceptaba la bolsa sin el corazón, y que más quería que el príncipe le fuese deudor que no ella deudora al príncipe; pues ella le habia dado en su generosidad extrema, lo que jamás podía devolverla. «Nada antes, nada despues,» tal era su divisa. Continuó pues mi madre desempeñando el papel de princesa en las tablas, aunque llevando la muerte en el alma, y fué languideciendo hasta su muerte, que no se hizo esperar. Yo era entonces niña de siete á ocho años, y desempeñaba el papel de niño y los amores y otros proporcionados á mi talla y á mi inteligencia. La muerte de mi madre me causó una pena superior á mi edad, y recuerdo que aquel día fué preciso que me castigasen para obligarme á representar uno de los hijos de Medea. Luego fué suavizándose paulatinamente el dolor que me hizo experimentar aquella pérdida, gracias á las zalamerías de los cómicos y de las comediantas que me mimaban á porfía, y me metían siempre algunas golosinas en mi cestita. El Pedante, que formaba parte de nuestra compañía y ya me parecia tan viejo y arrugado como hoy es, se interesó por mí, me enseñó la declamacion, la armonía y medida de los versos, el modo de producirme y de escuchar, las actitudes, gestos, fisonomías adecuadas al discurso, y todos los secretos del arte en el que descuella, aunque cómico ambulante, pues es instruido, habiendo con el tiempo sido maestro de un colegio, del que le echaron por borracho contumaz. En medio del desorden aparente de una vida vagabunda, he vivido inocente y pura, pues para mis

compañeros que me habían visto en la cuna, era yo una hija ó una hermana, y he sabido con rostro frío, reservado y discreto tener á raya á los pisaverdes, continuando fuera del teatro mi papel de ingénuo, sin hipocresía ni pudor fingido.

Así, andando andando, Isabel contaba su vida y aventuras á Sigognac quien la escuchaba embelesado.

—Y el nombre de ese grande,—dijo el Barón,—¿lo recordais ó lo habeis olvidado?

—Tal vez sería peligroso para mi tranquilidad el decirlo,—contestó Isabel,—pero ha quedado grabado en mi memoria.

—¿Existe alguna prueba de su union con vuestra madre?

—Poseo un sello con sus armas,—dijo Isabel;—es la única joya que mi madre guardó de él á causa de su nobleza y significacion heráldica, que borraba la idea de valor material, y si así lo quereis, os lo mostraré un día.

Sería demasiado molesto seguir etapa por etapa el carro cómico, tanto más cuanto el viaje se hacia á cortas jornadas, sin aventuras dignas de recordanza. Daremos pues un salto de algunos dias, y llegaremos á las cercanías de Poitiers.

Los ingresos habían sido escasos, y los tiempos de privaciones habían llegado para la compañía. El dinero del marqués de Bruyeres había acabado por agotarse, así como las pistolas de Sigognac, la delicadeza de quien no hubiera sufrido no aliviar, en la medida de sus pobres recursos, los apuros de sus camaradas.

El carro, arrastrado por cuatro robustas bestias á la partida, no llevaba más que un solo caballo, ¡y qué caballo! un miserable rocin que parecia haberse nutrido, en lugar de con heno ó avena, con aros de barrica, tanto le salían las costillas. Los huesos de sus caderas le horadaban la piel, y la aflojada musculatura de sus muslos dibujaba grandes y colgantes pliegues; sus piernas, erizadas de largos pelos, las tenia hinchadas y llenas de esparavanes. Sobre su cruz, ba-

jo la presión de un collar cuya crin había desaparecido, tenía vivas y sanguinolentas desolladuras, y los latigazos marcaban en los flancos del pobre animal líneas parecidas á hachazos. Su cabeza era un poema de melancolía y de sufrimiento. Detrás de sus ojos se abrían profundos sulcos que parecían vaciados con el escalpelo; sus azuladas pupilas tenían la mirada taciturna, resignada y pensativa de la bestia rendida. La indiferencia á los golpes, hija de la inutilidad del esfuerzo, se leía tristemente en ellas, y el chasquido de la tralla no podía arrancar de las mismas una chispa de vida. Sus orejas, enervadas, una de las cuales tenía la punta partida, colgaban lastimosamente á cada lado de la frente, y su oscilacion escandiaba el ritmo irregular de la marcha. Un mechón de la crin, de blanca vuelta amarilla, mezclaba sus filamentos á la cabezada, cuyo cuero habían gastado las protuberancias huesosas de las mejillas puestas en relieve por la escualidez. Los cartílagos de la nariz dejaban rezumar el agua de una respiracion penosa, y los labios, flojos y caídos, se movían al compás de las orejas.

Sobre su blanco pelage, salpicado de manchas de color cacao, el sudor había trazado filamentos semejantes á los que la lluvia dibuja en el yeso de las paredes, sudor que reunía debajo de su vientre mechones de pelo, deslavazaba los miembros inferiores y hacia con el lodo una asquerosa argamasa. Nada podía verse más lamentable, y el caballo que monta la Muerte en el Apocalipsis, hubiera parecido una bestia vivaracha digna de correr cañas al lado de aquel lastimero y estropeado animal cuyas espaldas parecia que se le iban á descoyuntar á cada paso, y quien, con dolorosa mirada, parecia invocar como un favor el golpe de gracia. Como la temperatura comenzaba á ser muy baja, el infeliz rocin caminaba en medio de la humareda que despedían sus flancos y sus narices.

En la carreta no iban más que las tres mujeres. Los hombres andaban á pié para aliviar al triste animal, al que no